

Aprendiendo en la escuela a relacionarnos con igualdad y equidad

Concurso de cuentos

“Por una educación no sexista: Iguales oportunidades para hombres y mujeres en las escuelas rurales”



Aprendiendo en la escuela a relacionarnos con igualdad y equidad

Concurso de cuentos

“Por una educación no sexista: Iguales oportunidades para hombres y mujeres en las escuelas rurales”

Autores:

Janett Elizabeth Palomino Villaseca, Evarista Machaca Sunchulli,
Hilda Nicolasa Apaza Castillo, Luis Antonio Flores León, Luis Alberto
Pantigoso Palomino, Tarita Fernández Cuadros,
Delia Betty Paiva Ccapacca



ISBN N° 978-612-4033-16-2

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional
del Perú N° 2013-07575

Coordinadora del Programa de Desarrollo Rural: Blanca Fernández

Responsable del Proyecto: Pilar Arce

Edición: Gaby Cevalco

Diseño de carátula y diagramación: Marisa Godínez

Impresión: Ymagino Publicidad S.A.C.

Abril, 2013

Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán

Parque Hernán Velarde 42, Lima 1

Tlf. 4331457 – fax 4339500

E-mail: postmast@flora.org.pe

www.flora.org.pe

Presentación

El Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán, organización feminista con 34 años de trabajo por los derechos de las mujeres, presenta al público lector los cuentos que resultaron ganadores, con menciones honrosas y recomendados por el jurado para su publicación, en el concurso “Por una educación no sexista: Iguales oportunidades para hombres y mujeres en las escuelas rurales”, que estuvo dirigido a profesoras/es de escuelas rurales.

Este concurso ha sido convocado como parte de las actividades del proyecto “Mujeres rurales peruanas, promoviendo el desarrollo local con equidad de género en el marco de los Objetivos de Desarrollo del Milenio. Versión N° 3 de las escuelas de lideresas rurales”.

El objetivo fue propiciar una reflexión sobre la igualdad y equidad de género en las escuelas y de esa manera contribuir a mejorar los contenidos de la educación, así como generar un pensamiento crítico en el profesorado sobre el significado de una educación inclusiva y no sexista.

Existen evidencias, en especial en el área rural, que nos muestran aún un panorama preocupante, con relación a los contenidos y trato que se imparten en las escuelas, en materia de igualdad entre hombres y mujeres. Situación que lleva a expresiones de discriminación hacia las niñas, que en muchos casos ya tienen dificultades para acceder a la educación al darse prioridad al niño, bajo el concepto que el día de mañana va a ser proveedor de un hogar y la niña ser mantenida por su esposo, tal como lo expresan los mismos contenidos de los cuentos.

La creación literaria es una fuente de conocimiento para el estudio de la realidad, aspecto que han confirmado cada uno de los textos presentados al concurso, al mismo tiempo el acto creativo en sí propicia un rico proceso de reflexión y de toma de conciencia de hechos de exclusión, que la vida cotidiana con sus emergencias

puede pasar por alto. Esperamos que cada una/o de las/os profesoras/es que haya participado en el concurso apoye a que sus instituciones educativas generen acciones a favor de una educación con equidad e igualdad entre hombres y mujeres.

Igualmente, hacemos un llamado a las/os profesoras/es para que den énfasis a las clases sobre los derechos humanos, en especial de niñas y niños, y cómo protegerse frente a la violación de estos derechos, en especial la violencia, que es uno de los mayores problemas que viven las/os menores de edad.

El concurso ha sido una rica experiencia y nos anima a seguir incentivando a las/os profesoras/es a que vuelquen su creatividad en un tema que aún está poco difundido en las escuelas y, sobre todo, hacemos un llamado al Ministerio de Educación y sus sectores correspondientes para que propicien espacios de igualdad de género en las escuelas rurales desde sus etapas iniciales.

Hay que destacar que en todo el proceso de preparación y convocatoria del concurso, hemos contado con la valiosa colaboración de nuestras contrapartes de los departamentos donde se lleva a cabo el proyecto (Piura, Puno, Cusco, Arequipa, Ayacucho, Lambayeque, Junín), así como de las alumnas de las Escuelas de Lideresas que animaron a profesoras/es a participar en el concurso, a través de visitas a los colegios. Hay que señalar que por ser un tema poco reflexionado entre docentes, si bien la mayoría mostró interés en participar, algunas/os se abstuvieron o enviaron relatos que no tenían relación con la convocatoria del concurso.

Del total de cuentos recibidos, quedaron finalistas ocho. Queremos expresar nuestro agradecimiento al jurado que estuvo integrado por las escritoras Gaby Cevasco, Mariella Sala; Miluska Pachas, literata y educadora; y Blanca Fernández, especialista en trabajo con mujeres rurales, en representación del Centro Flora Tristán.

Lima, abril, 2013

ndice

Resultados del Concurso “Por una educaci n no sexista: Iguales oportunidades para hombres y mujeres en las es- cuelas rurales”.	9
Yo solo quiero estudiar. <i>Janett Elizabeth Palomino Villaseca.</i>	13
La lucha de Marita en busca de sus sue os. <i>Evarista Machaca Sunchulli.</i>	19
Volver a casa. <i>Hilda Nicolasa Apaza Castillo.</i>	22
Do a Gervasia. <i>Luis Antonio Flores Le n.</i>	25
Sue os. <i>Luis Antonio Flores Le n.</i>	30
Mi maestra codorniz. <i>Luis Alberto Pantigoso Palomino.</i>	32
Cuando los jaris warmis de Llamuja van al colegio. <i>Tarita Fern ndez Cuadros.</i>	39
Casilda la tenientina. <i>Delia Betty Paiva Ccapacca.</i>	43
Sobre las/os autoras/es.	48

Resultados del Concurso de cuentos “Por una educación no sexista: Iguales oportunidades para hombres y mujeres en las escuelas rurales”

Primer premio:

Yo solo quiero estudiar. *Janett Elizabeth Palomino Villaseca.*

Segundo premio:

La lucha de Marita en busca de sus sueños.

Evarista Machaca Sunchulli.

Tercer premio:

Volver a casa. *Hilda Nicolasa Apaza Castillo.*

Mención honrosa:

Doña Gervasia. *Luis Antonio Flores León.*

Mención honrosa:

Sueños. *Luis Antonio Flores León.*

Cuentos recomendados para su publicación:

Mi maestra codorniz. *Luis Alberto Pantigoso Palomino.*

Cuando los jaris warmis de Llamuja van al colegio.
Tarita Fernández Cuadros.

Casilda la tenientina. *Delia Betty Paiva Ccapacca.*

Yo solo quiero estudiar

Janett Elizabeth Palomino Villaseca

Era su primer día de clases y Sofía estaba feliz. La sonrisa, que se dibujaba en sus labios, hacía que mostrara sus dientes blancos y su rostro se iluminara como el sol radiante. Se paró frente a su aula y vio que habían muchos niños que corrían y gritaban por todos lados, unos buscando el mejor asiento, otros viendo con quién trabar amistad, otros perdidos, y ella, allí, parada, sin saber a dónde ir. Sus pequeños ojos achinados se tornaron a unos chiquitos, pensando qué hacer: estaba sola, no tenía amigos, a su única hermana no la habían enviado a la escuela, porque, según su padre, las niñas no tenían que estudiar. A ellas la habían matriculado en el colegio, gracias a su madre, que se había opuesto a la decisión de su padre de no mandarlas a la escuela.

Mientras observaba el lugar, pensó en su hermana Chabela: –¿Qué estar haciendo en este momento? –se preguntó. En eso ubicó una carpeta cerca de la pizarra y del escritorio, y muy decidida se dirigió a grandes pasos, como temiendo que algún niño se la ganara.

De pronto, vio que un personaje entraba precipitadamente; ella, que estaba mirándolo, pensó: –Es el maestro seguramente, ¿será bueno o malo? –Después del bullicio ensordecedor, el silencio se hizo absoluto, nadie se atrevió a pronunciar una palabra, era un silencio profundo, chocante, un cambio total en ese mismo instante.

El maestro Pedro, como así lo llamaban todos, entró y se ubicó en su escritorio, luego se paró frente a Sofía y la observó detenidamente, sin decir palabra alguna, como sorprendido de su presencia. Los demás niños lo imitaron y en silencio, con expresión llena de curiosidad, la miraban y se miraban entre sí, como preguntándose quién sería aquella niña larguirucha, de ojos tristes y larga cabellera negra; era raro ver a una niña en las aulas.

Sofía, que al inicio sonreía, poco a poco se le fue borrando la sonrisa de su rostro, sentía las miradas de los niños como agujones que la atravesaban; agachó la cabeza avergonzada, con los ojos fijos en el piso. No sabía si seguir allí o salir corriendo de aquel lugar, y abandonar sus sueños de querer estudiar. En ese momento, recordó las palabras de su padre cuando le decía a su madre –No mandes a la churre al colegio, porque las mujeres no deben estudiar, ellas son para la casa, solo tienen que aprender a cocinar para que atiendan a sus hermanos y luego a sus maridos, que las tienen que mantener.

Sin embargo, su madre doña Juana, de carácter fuerte, se imponía ante los comentarios de Fidencio, su marido, diciéndole: –Calla hombre de Dios, mi muchacha tiene que estudiar para que no se quede burra como yo, ni como vos, ella tiene que ser doctora, como la señorita de la posta maldica de arriba. Las palabras de su madre retumbaban en su cabeza: –Yo, hija, voy a luchar para que estudie, porque sé que usted es inteligente como su madre, sino que mi papacito que en paz descansa nunca quiso que yo estudiara, pero usted hija me tiene a mí, que trabajaré de sol a sol para que usted estudie.

El saludo del maestro la sacó de sus pensamientos.

¡Buenos días de Dios, niños!

¡Buenos días! –contestaron todos en coro.

Aahh, tenemos novedades –dijo en voz alta.

Sin responder, todos se volvieron a mirar hacia donde estaba Sofía.

¡Mhmh! tenemos a una niña en el aula, eso está muy bien –dijo en tono burlón –¿Cómo te llamas? –la interrogó.

–Sofía –respondió con voz inaudible.

–No te escuché, ¿puedes hablar más fuerte?

–Sofía More Meca –respondió levantando la voz.

-¿De dónde eres? -le volví a preguntar.

-De más arriba maestro -contesté tímidamente.

-¿Cuántos años tienes?

-Ocho años maestro.

-Entonces ya debes saber cocinar, lavar, planchar y...

-No maestro, no sé cocinar ni planchar, pero sé lavar y barrer
-lo interrumpí tímidamente.

-Qué raro, las mujeres deben saber cocinar desde los cinco años,
para que ayuden en la casa -comentó el maestro. -Además, eres
bastante desarrollada, y ¿que no sepas cocinar? -la encaró frun-
ciendo el ceño y tocándose la barbilla rala.

En ese momento, los niños que estaban escuchando empezaron a
gritar: -¡Ve no sabe cocinar! ¡No sabe cocinar!

Sofía los miró avergonzada, por lo que le estaban diciendo: ella a
sus cortos ocho años, ya debía cocinar, pensó que el maestro
tenía razón.

Nuevamente el maestro la miró y le dijo: -Si supieras cocinar serías
más agradable tenerte como alumna, porque en el recreo nos pre-
pararías algo para comer.

Fue en eso que Sofía tomó aire y respiró profundo antes de encararlo:
-Maestro, mi mamá me ha mandado al colegio a estudiar y
no a cocinar.

El maestro desilusionado, se rascó la cabeza y llevó los cabellos ralos
y canosos hacia atrás, como acomodándose, luego se sobó
la cara y se detuvo en las zanjas profundas de su cara, producto de
las arrugas formadas por los años.

-¡Ahh... ya sé! Como tú sabes barrer de aquí en adelante te encar-
garé de hacer la limpieza en la escuela, porque eso es que hacer
de mujeres.

-Ya maestro, yo barrer la escuela todos los días; pero también quiero estudiar, porque quiero ser doctora cuando esté grande -respondí con la cabeza erguida.

-En ese instante se escuchó una estruendosa carcajada de todos los niños que estaban allí, atentos a la conversación: -jajajajaja, dice que va a ser doctora, quién ha visto una doctora -y se miraban entre ellos preguntándose: -ohe, ¿tú has visto una? -Y con gestos movían las manos o la cabeza en señal negativa.

Después de un rato, todo era silencio, Sofía ya no pudo contener las lágrimas y empezó a llorar calladamente. El maestro, un poco arrepentido, por lo que él había fomentado, le acarició los cabellos diciéndole: -Bueno, está bien, serás doctora y la única, porque aquí todos tus amigos son varones.

Sofía secándose las lágrimas le dijo: -¡Yo solo quiero estudiar! y ser doctora cuando sea grande; no importa, barrer la escuela, pero ¡yo solo quiero estudiar!

Ya en la tarde, al llegar a su casa, encontró a su madre y a su lado estaba Chabela, la chinita de la casa, la estaban esperando acomodadas en la piedra que servía de asiento al costado de la puerta. Al verlas, corrió para abrazarlas y contarles lo sucedido en la escuela.

Su madre la abrazó y le preguntó: -¿Cómo le fue hija? ¿Le han dejado tarellas?

Sofía la miró y se rascó su pequeña oreja: -Bien mamá, el maestro Pedro es retbueno.

-Mamá, yo también quiero ir a la escolita -suplicó Chabela.

-Sí mamá, mándela para que me acompañe, ella también es inteligente como vos.

-No hija, primero usted, luego la Chabela, porque tengo que decirle a su taita antes.

Luego la miró a los ojos y le preguntó: -¿Usted ha estado llorando hija? Tiene los ojos enrojecidos.

-Nooo ma, hubo un ventarrón y me ha entrado una champita a los ojos -le mintió Sofía, por temor a que ya no la mandaran a estudiar.

-Ya hija, vamos pa que coma, le he preparado un rico charqui de yuca con estofado de gallina criolla.

-Uyuyuy que rico ma, vengo con mucha hambre -cogió la mano de Chabela, mientras se dirigía hacia la cocina y le dijo: -Vamos a comer Chabela.

Así transcurrió el tiempo y, en la escuela, Sofía demostraba ser una buena estudiante, cada día se ganaba el respeto de sus compañeros, inclusive del maestro, que poco a poco comprendía que no había ninguna diferencia entre ser mujer o ser varón.

Una mañana, cansada de barrer, mientras sus compañeros jugaban y ya segura de la consideración que se había ganado día tras día, se dirigió a don Pedro y le dijo: -Maestro, dígame usted, ¿ser justo que yo sola barra la escuela y mis compañeros jueguen y no me ayuden?

El maestro la miró detenidamente sin saber qué decir, después de un instante le respondió -Tienes razón, Sofía, has demostrado que tienes las mismas capacidades que tenemos las personas, y que eres un ser humano como todos nosotros.

Luego llamó a los niños que estaban jugando y les pidió que entraran al aula. Todos se miraban unos a otros, preguntándose qué cosa les iba a decir el maestro. Don Pedro, muy decidido, les habló de manera exhortativa: -Niños, escuchen lo que les voy a decir; de aquí en adelante se van a turnar para hacer la limpieza de la escuela, pues Sofía ha demostrado que es igual que todos nosotros, por lo tanto a partir de hoy nos turnaremos para hacer la limpieza.

Los niños estaban sorprendidos con la decisión del maestro, pero entendieron que tenía razón.

Así transcurrieron los años, Sofía demostró su amor por el estudio, terminó la primaria y la secundaria en forma exitosa, ingresó a la Universidad Nacional de Piura y, años más tarde, finalizó su carrera ubicándose en el quinto superior. En todo momento fue responsable, perseverante y fiel a los ideales inculcados por su madre, que aun siendo analfabeta quiso que su hija sobresaliera enfrentando la idiosincrasia de la sociedad de que las mujeres solo sirven para atender al varón.

Cuando ya era una médica, pidió trabajar en el establecimiento de salud de su lejano pueblo de la costa norte y de esta manera demostrar a la gente de la zona que tanto los varones como las mujeres merecen las mismas oportunidades.

La lucha de Marita en busca de sus sueños

Evarista Machaca Sunchulli

rase una vez una familia campesina muy humilde, cuyo padre, un hombre de 65 años, había caído en el vicio del alcohol, y la madre, de 35 años, vivía supeditada a la voluntad de su esposo. Ambos habían crecido formados en un ambiente machista.

Su vivienda, de piedra y barro, no tenía las mínimas condiciones para vivir. La madre, que cada año traía al mundo una hija mujer, con la esperanza de que naciera el hijo varón que su esposo le reclamaba, deseaba que murieran cuando nacían antes de verlas sufrir lo que ella había soportado.

El incremento del número de hijas acrecentaba también su pobreza. No tenía capacidad para alimentarlas y menos para educarlas, la vida de los integrantes de la familia cada vez se tornaba más difícil. Nació una niña, a quien llamaron Marita. Sus padres no la querían, sobre todo su madre, que siempre le decía: –Todas las mujeres solo sirven para ser llevadas por el hombre, por eso ojalá Dios te recoja. –Este deseo hacía que no la cuidara como debía, entonces Marita crecía abandonada entre la chacra y las pocas ovejitas que tenían y sin ningún cuidado, esperando enfermarse y morir, escuchando a su madre decir: –Las mujeres solo sirven para sufrir.

Hasta que cierto día, sus padres decidieron enviarla a Juliaca a trabajar en la casa de su padrino, pero nunca la fueron a ver. No les preocupaba cómo estaba. Las personas que se hicieron cargo de ella, la llevaron a Arequipa y su familia ni enterada de lo que estaba sucediendo con Marita. Ya había cumplido ocho años y todavía no conocía lo que era una escuela, cuando cumplió once apareció su padre en Arequipa para llevarla junto a ellos, trayéndola de regreso al campo. Sin embargo, al retornar a su hogar, solo encontró indife-

rencia por parte de sus padres y, más aún, de sus hermanas porque ellas tampoco habían aprendido a quererla. Marita nuevamente fue enviada a Juliaca a trabajar, sin tener en cuenta sus sentimientos ni deseos.

Es en Juliaca que Marita tuvo la oportunidad de entrar a la escuela, pero, a cambio, en la casa donde vivía, tenía que trabajar mucho por las noches hasta la una o dos de la madrugada, junto a los hijos de los compadres. Ellos los castigaban si es que no habían realizado el trabajo encomendado, como lavar y doblar tubos.

Así, fue pasando el tiempo, y en Marita, cada vez más, se despertaba el interés por el estudio. Hacía grandes esfuerzos para cumplir con las tareas escolares, que, en la mayoría de las oportunidades, realizaba en horas del recreo o rápidamente por las tardes, apenas llegaba de la escuela, aunque al llegar tenía que lavar todo el servicio que se utilizaba en la casa, si no lo hacía, su castigo era no ir a clases.

Después de un año, vinieron sus padres para reclamar por ella y su madre le dijo: –Quiero que vengas junto a mí para que cocines y pastes las ovejas. Yo no conozco la escuela y ¿por qué tienes que ir? Debes ayudarnos en el campo, ya que las mujeres servimos para eso. Pasó un tiempo, pero Marita no se dio por vencida y volvió a la casa donde había vivido antes. Cuando ya tenía quince años aprendió a cepillar madera, tapizar muebles, entre otras labores supuestamente propias solo de varones. Marita también logró entrar a estudiar su secundaria y para poder hacerlo continuaba trabajando y estudiando porque de ninguna manera deseaba volver al campo a pastorear ovejas. Se había propuesto demostrar a sus padres que ella podía ser diferente al concepto que tenían sobre el rol de las mujeres.

Su lucha era decidida. Con mucho esfuerzo, para lograr tener las condiciones económicas mínimas necesarias, postuló e ingresó al pedagógico y logró titularse. Entonces intentó ubicarse en el mundo laboral. Fue allí cuando la UGEL le asignó un puesto de trabajo en una institución educativa rural. Sin embargo, una vez más, tuvo

que afrontar la discriminación hacia la mujer, porque el director le dijo: –No queremos mujeres porque en esta institución educativa somos puro profesores. Ella regresó a Huancayo, donde estaba la UGEL, para exigir sus derechos. Felizmente, esta institución los hizo prevalecer ratificándola en el puesto asignado. Al año siguiente, todos los profesores varones se pusieron de acuerdo para no confirmarla en el puesto, que se le había asignado, era una especie de odio a las mujeres expresado en lo que uno de ellos le dijo: –Maldice la hora de haber nacido mujer. –Así que no tuvo alternativa y buscó su ubicación en otra institución educativa.

Cuando Marita tuvo la oportunidad de trabajar no dudó en aceptar ir a laborar a la selva, y se instaló en Yurimaguas, arriesgando todo, porque para ella esta decisión también era un reto. Después fue reubicada en la ciudad de Lima, donde Marita, a pesar de las dificultades, se capacitó con un grupo de psicólogos para convertirse en especialista en sexualidad integral. La nueva especialidad la llevó a asumir la coordinación de tutoría durante varios años. De esta manera, por fin vio realizados sus sueños: demostrar a sus padres y al mundo “lo que vale una mujer”. Como parte de la cotidianidad también asumió el apoyo a su familia y hasta afrontó con mucha pena el sepelio de su madre. Pero todos los obstáculos que tuvo que enfrentar, le hicieron entender la necesidad de practicar la equidad.

Volver a casa

Hilda Nicolasa Apaza Castillo

Había una vez una niña llamada Samanda, quien por su condición de mujer nunca tuvo la oportunidad de salir de su comunidad, a diferencia de su hermano José que, apoyado por sus padres, tuvo la posibilidad de estudiar en la universidad.

Samanda, a lo largo de su existencia, sufrió mucho; al hecho de ser mujer se sumó su aspecto y extracción campesinos. Su vida fue transcurriendo sin encontrarle sentido, sus padres le habían asignado responsabilidades en el hogar, en el cuidado del ganado y la chacra, mientras su hermano había salido a estudiar, hasta que un día ¡huy!, ¡huy! de su casa, sin importarle a dónde iba en busca de sus sueños. Se convirtió en una joven mujer alegre y simpática. Trabajó, trabajó hasta lograr ser profesora y nunca perdió de vista sus anhelos, aquellas aspiraciones con las que cada noche soñaba y que estaban tan lejos de su alcance. Ella sabía que poco a poco, ese sueño suyo se iba convirtiendo en realidad.

Llegó el momento de partir hacia tierras lejanas en busca de trabajo. Viajó durante veintidós largas horas que la llevaron a ver su anhelo realizado. Al transcurrir de los días se fue adaptando a los cambios, pero no dejaba de extrañar a su familia. Una tarde, su amigo Gustavo la invitó a pasear a la cueva de los Guacharos y en un descanso, sentado sobre una roca, le dijo: –Te amo Samanda, siento que eres la mujer de mi vida, ¿te casarás conmigo? –Se le acercó para besarla y ella correspondió entregándose desde entonces a un apasionado romance.

Samanda decidió escribir a su madre, para contarle todo lo que había logrado.

“Hola mamá, perdóname por irme de casa sin avisar, era la oportunidad de valerme por mí misma, pues mi hermano lo hizo con

vuestro consentimiento porque era var n. Pap y t jam s quisieron que yo saliera adelante por ser mujer, hubiera preferido no hacerlo de esta manera; pero en fin... te quiero mucho y no se preocupen, estoy bien. No me fue tan dif cil adaptarme a este lugar, a pesar que no me recibieron muy bien, porque aqu me dijeron que es una maldici n ser mujer. Todos los d as como abundante fruta. Sin dejar de extra arlos much simo, me hubiera gustado desempe arme en mi tierra, pero las circunstancias me obligaron a salir. Hubo d as en los que no pude dormir por los ruidos de la selva en la noche y pensando en ustedes; aunque desde que conoc a Gustavo me siento muy enamorada, jam s imagin que en este lugar encontrar a el amor. l es un chico alegre, muy trabajador y me quiere mucho, ya lo conocer n; por lo dem s, todo bien. Te prometo mami que pronto estar en casa con todos ustedes para hablar de muchas cosas que nunca pudimos conversar, quiz me falt confianza y compresi n. Cu date mucho y nunca olvides que te amo”.

Sin embargo, a pesar de irse realizando, cierto d a la encontr llorando y le pregunt : -¿Por qu estas llorando Samanda?

-Acabo de hablar con mi mam , la extra o mucho, amiga; a veces siento que nunca m s la volver a ver. ¡Tengo mucho miedo!

-Bueno, tiempo que no ves a tu familia, es normal que te sientas as, habr que acostumbrarse, pues no sabemos cu nto tiempo m s nos espera en este lugar.

-Amiga, te cuento que Gustavo me propuso matrimonio.

-¡Felicitaciones, Samanda!

-Gracias, estoy muy enamorada, creo que con esto ya todo lo que esperaba por el momento me lleg como una bendici n y compensaci n a mi esfuerzo y sufrimiento; ya quisiera irme para cont rselo a mi familia personalmente, pero al parecer solo saldr muerta de este lugar.

-¡Qu dices tonta. Ya pronto nos iremos!

-Quiero también hablar con mis padres para ver la posibilidad de promover una empresa de transformación de lácteos y alimentos de mi zona. Quiero que mi familia pueda mejorar, ver las cosas de diferente manera, que mis hermanas menores tengan el apoyo y comprensión de mis padres.

Había terminado el año escolar y las dos amigas muy alegres nos preparábamos para retornar a nuestros lugares de origen, con muchas ganas de ver a nuestras familias. Empezamos el viaje, pensando en todo lo que significaría reencontrarnos con nuestros seres queridos, decirles muchas cosas que la distancia nos había enseñado a valorar y que la cotidianidad del hogar nunca nos permitiría ver.

Una vez dentro del bus, repleto de pasajeros, todos estábamos felices, deseando llegar pronto al calor de nuestros hogares con nuestros seres queridos, a pasar las fiestas de fin de año. Serían varias horas de viaje, pero apenas habían transcurrido dos, cuando empezamos a sentir que el bus se desbarrancaba. En medio de la desesperación, los gritos, el llanto y el dolor, fuimos rodando hasta caer a un abismo y, como en un sueño, me desperté, sintiéndome muy adolorida y escuchando lamentos. Empecé a buscar a mi amiga, habían muchos heridos de gravedad y varios muertos, entre ellos, Samanda. Me invadió una sensación de dolor y amargura al ver el cuerpo destrozado de Samanda y con ella toda la visión de vida de una mujer que pudo haberse desarrollado sin necesidad de migrar en busca de oportunidades, que no pudo hallar en su entorno familiar y social. Recordé su presentimiento, su temor y sus palabras: "A veces siento que nunca más la volveré a ver. ¡Tengo mucho miedo!" Palabras que muchas veces pueden tener un gran poder.

Doña Gervasia

Luis Antonio Flores León

... Desde cualquier parte del pequeño caserío Bajo Piurano, se podía divisar a lo lejos la alta duna y, sobre ella, la pequeña casita de totora y pajaro bobo; a su lado, crecía un frondoso algarrobo de formas ciclópicas.

Era la casa de doña Gervasia, aquella anciana de agrietado y surcado rostro, de caminar lento por el paso de los años. La anciana mujer, temida según unos por sus prácticas hechiceras y por otros por estar compactada con el diablo. Por ello, nadie osaba acercarsele.

Contaban mi padre que nadie sabe de dónde vino; lo cierto es que hace años la vieron aparecer por la polvorienta y única callecita del pueblo, jalando un viejo burro y la carreta, con sus pocas pertenencias, y a su lado un perro que ladraba y correteaba juguetonamente. No habló con nadie, fue a instalarse a las afueras del poblado, y sobre el maldito grande construyó poco a poco su pequeña chocita.

Unos decían que siempre la veían pasar por el viejo camino que lleva al río; otros que en las noches de luna llena escuchaban salir de su casa gritos lastimeros, y que la rodeaban extrañas formas.

Mis padres me habían prohibido acercarme por el lugar donde vivía la anciana, según ellos, era maldito. Pero mi curiosidad de muchacho no me dejaba tranquilo. Mis noches eran de desvelo pensando en la anciana y desde el fondo de mi corazón presentía que no era mala como afirmaban todos en el caserío. Tan es así que un día decidí no asistir a la escuela e ir a verla. Caminaba por el angosto caminito rodeado a ambos lados de verdes y alfombrados arrozales, donde pequeños pajarillos de vivos colores revoloteaban buscando una que otra semilla; en lo alto, el sol iba poseyendo

a ese pedacito de cielo que cubra como un manto protector el pequeño poblado situado cerca del río Piura.

Pensaba en lo que la gente del pueblo decía, pero no tenía miedo, a mis doce años no había por qué temer.

Al llegar cerca de la casa, me escondí detrás de unos arbustos, desde donde se divisaba la humilde casita. Estaba tan absorto en mis pensamientos, que me asusté con el crujido de la puerta de carrizo al abrirse: ¡Sí, era ella! La anciana salió y caminó pausadamente apoyándose en un bastón hecho de uvero; junto a ella, un viejo y delgado perro la seguía frotándose suavemente en sus temblorosas piernas. Después de caminar un pequeño trecho se sentó en un montículo de arena, mientras acariciaba a su fiel compañero. Era una hermosa escena, parecía una madre acariciando a su pequeño hijo. Luego de presenciarla largo rato, me retiré sigilosamente del lugar.

Pasaron los días y yo buscaba el momento adecuado para ir nuevamente a ver a la anciana. El ansiado día llegó, y cuando me ubiqué en mi ocasional escondite, desde donde divisaba completamente la casuchita, me extrañé mucho no verla, parecía que nadie había dentro de ella. Me armé de valor y decidí entrar; empujé suavemente la puertecilla hecha de amorosos carrizos, y al entrar pude ver un cuadro que me hizo estremecer: la anciana abrazaba fuertemente a su perro y lloraba amargamente. Me acerqué y me arrodillé cerca de ella.

-No tenga miedo, señora, no le voy a hacer nada; solo quiero ayudarla.

Ella me miró fijamente, mientras unas tenues y solitarias lágrimas surcaban su curtido rostro.

-¡Se me murió mi ventarrón! ¡Se me murió! Ahora quise ir a ser de mamá; me he quedado sola, sola... Yo, yo lo crié desde pequeño, le di leche de mis cabras, y se hizo fuerte, muy fuerte, pero con el paso de los años se fue envejeciendo; y hasta fue perdiendo la vista, pobrecito sufrió mucho al morir.

-¡Címelose se ora, yo estoy aquí para ayudarle! -le dije, mientras le pasaba mi mano por su plateada cabecita.

Poco después, la anciana me entregó el cuerpo inerte del fido animal y me pidió que lo enterrara junto al algarrobo. Cavó un hoyo en la fría arena y lo sepultó. La anciana miraba entristecida y luego se sentó.

-¡Gracias mijito por tu ayuda!, yo no soy mala, no soy lo que la gente dice de mí; vivo aquí por años, sola, siempre sola. Vivo de mis recuerdos y ellos me dan la vida; soy como soy y así voy a morir. Me gusta desde este alto mirar contemplar el limpio cielo, ver la obra de Dios en las noches estrelladas.

No quise interrumpirla con las muchas preguntas que deseaba hacerle; es por ello que la dejé continuar. Sentí que deseaba desahogarse.

-Yo... nací en una hacienda del Alto Piura, soy hija de blanco. Mi madre desde muchachita trabajaba en la planta de algodón. Sucedió que el hijo del patrón se había encaprichado con ella, y una tarde que regresaba sola a su casa, la tomó a la fuerza y la embarazó... Esa era la costumbre de esos blancos, porque tenían tierras y plata se creían con derechos sobre los campesinos, y en especial con las jóvenes. Mis abuelas eran hermosas, como lo fue mi madre. Ella sintió vergüenza y miedo de que sus padres se enteraran de lo sucedido, y huyó del lugar y se fue por el lado de Tambogrande; allí tenía una tía y ésta le dio posada y empezó a trabajar vendiendo chichita. Allí nací yo; me contaban que nací bien blanquísima y que mis ojos eran bien verdes. Algunas gentes del pueblo murmuraban por eso, pero mi madre no hacía caso a nadie, más bien trabajaba y trabajaba. Cuando tuve ocho años, ella se comprometió con un cholo llamado Julián, era este bien trabajador y nos quería mucho; pero él murió años después cuando trató de defender unas tierras y fue alcanzado por las balas del capataz de un hacendado. Mi madre por años lloró la muerte de su marido, ya no fue la misma y poco a poco fue perdiendo la razón. A veces salía por las calles del pueblo gritando y lanzando

piedras a quien se le cruzara en su camino. A m a veces ni me reconoc a, hasta que un d a la encontraron muerta por el camino al r o. Sufr mucho y por eso decid irme a otros lugares; he ido de pueblo en pueblo, he trabajado en muchas casas, hasta que vine por ac , y me pareci un buen lugar, muy tranquilo. Y aqu estoy y aqu morir .

La mir con dulzura y le pas mi mano por su fr gil cabecita; y luego sequ sus l grimas.

-Ya, tranquila, tranquila, yo estoy aqu para ayudarle, yo soy su amigo y haga de cuenta que soy su nieto, un nieto que la quiere mucho.

-Gracias, hijo, gracias por todo; que Dios te bendiga por ser tan bueno.

Pasaron los d as y ya ramos muy buenos amigos. Despu s del colegio iba a visitarla, ella se sent a feliz, muy feliz. Ya no era la entristecida mujer que conoc , era m s alegre, m s comunicativa. Nos sent bamos frente a la casita, desde donde divis bamos el hermoso valle ba ado por las aguas del r o Piura. Ella me invitaba un sabroso dulce, hecho con leche de sus cabras, que yo com a vidamente, mientras me narraba historias que le hab an contado en su ni ez. En realidad era una amistad muy bonita, que cada d a que pasaba se hac a m s intensa. Sucedi que cierta vez mis padres descubrieron mis furtivas visitas y contra mi voluntad decidieron enviarme a la ciudad a casa de un familiar; no me dieron tiempo de despedirme de la anciana. Sufr mucho por eso. En mis noches de desvelo, elevaba una plegaria al Creador por ella, para que la cuidara y protegiera, que la gente la quisiera y que no la maltratara, ni le tuviera miedo, ya que ella era un alma de nobles sentimientos.

Pasaron cuatro largos meses desde mi partida, cuando regres , aun contra la voluntad de mis padres, me encamin raudo hacia su casa. Estaba deseoso de verla, de abrazarla, de decirle muchas cosas. Cuando llegu al lugar me estremec , al ver el lugar desolado,

la pequeña casita destruida; no había ni rastro de ella. El frondoso algarrobo se moría lentamente de tristeza.

¿Qué había sucedido?, ¿Dónde estaba la anciana?, eran preguntas a las que no encontraba respuestas.

Mi corazón entristecido lloraba lastimeramente al presentir lo peor. Caminé alrededor de la desvencijada y abandonada casuchita, cuando divisé cerca del amoroso algarrobo una crucecita de madera sin pintar, y pude leer en ella el nombre de Gervasia. Un frío intenso penetró dentro de mí, y lloré desconsoladamente. No podía creer lo que mis ojos estaban viendo: la anciana estaba muerta y yo no pude verla por última vez.

Elevé una oración al cielo por su alma, luego corté una florecilla que crecía valiente entre unos espinosos arbustos. La puse cerca de la cruz, mientras unas lágrimas caían sobre sus pétalos que se parecían al rocío de la mañana. Me alejé de allí, llevando en mi mente y en mi corazón su recuerdo, mientras musitaba: ¡Descansa en paz vieja amiga! ¡Descansa en paz, doña Gervasia! ¡Nunca te olvidaré!

Sueños

Luis Antonio Flores León

Ya era más de medio día y los cholos agotados y sudorosos por el duro trabajo en el campo, así como por el inclemente sol piurano, se dirigían a la ramadita de totora donde Petronila vendía su rica chicha y clarito. Era esta una joven mujer de grandes y vivaces ojos, y de dulce mirada.

–Apurate chinita y sárvete una jarra de la espumosa y te vas preparando el carillito de caballita.

Era el cholo Juan, junto a sus dos amigos, sentados en un tronco de algarrobo que servía de asiento.

–Ta' bien cholos, no se impacienten que hay blanquita y para todos.

La mujer les puso la jarra de chicha, sobre una tarimita de palos de pajarobobo, y los cholos ávidos empezaron a beber. Mientras tanto, ella cortaba con rapidez la caballa en trozos y le echaba cebolla y ají, luego le exprimía los limones y adornaba con cancha y camote.

–Ponte otra jarra chinita bonita y tómate también tu potito para la sed.

–A su salud de ustedes. La china alzó el poto con chicha, casi con reverencia, bebiéndolo rpidamente.

–Siéntate un rato con nosotros, china, ya no tienes más clientes, todos se han ido y estamos los cuatro solitos.

–¡Ave María purísima!, cómo voy a estar entre tres hombres. Si alguien me ve, van a ser la novedad y voy a estar en boca de tuito el mundo, y van a creer que yo soy una gran pespitona. Si mis taitas se enteran de reaseguro que me dan una tanda. Pero yo sé darme mi lugar y si alguien se quiere pasar conmigo le doy un palo en

la nuca, que no regresa por el vuelto.

–Despreocup yate, china, que nosotros no somos confianzudos; mejor nos pones la última jarrita y nos quitamos; no queremos hacerte ningún daño y que tengas problemas por nuestra culpa.

–Gracias, cholos, son rebuena gente; si así fueran todos, otra sería la vida. A veces vienen cholos aventados que se quieren ir de manos, pero conmigo se chocan.

Los cholos terminaron de beber y se alejaron del lugar. La mujer acomodó todo para el regreso; y antes de subir a su burro, sacó un pequeño espejo dorado, se arregló los cabellos y empezó a hablar para sí misma.

–¡Gracias Virgencita, gracias por todo!, porque esos cholos no se propasaron conmigo. Tú sabes que yo no soy loca, que yo le guardo las espaldas a mi cholo Baltazar. Cuando él regrese de los cuarteles, pediré mi mano a mis taitas y nos casaremos y tendremos una bonita fiesta, y seremos felices por tuitita la vida. Yo sé que me harán realidad mi sueño, y no me fallarán.

La china subió a su burro y alzó una mirada esperanzadora al claro cielo.

Mi maestra Codorniz

Luis Alberto Pantigoso Palomino

El invierno había llenado de color ceniciento las calles del pueblo, y una insidiosa lluvia cubría de mortal entumecimiento humano la alfombra cristalina del piso huamanguino. Así, el longevo cartero se dirigía pausadamente por la avenida principal, con la cabeza agachada, como si perdiera la mirada en el infinito suelo de su cansado trabajo diario.

Llegó tal vez agotado a la dirección correcta y deteniendo la vista en el único cuaderno de reportes, se aseguró del nombre y apellido del destinatario, para luego aplastar con su dedo nudoso el timbre de la puerta azul de la casa pequeña pero graciosamente amable. El ruido del aparato electrónico sonó a manera de una cigarra y pronto apareció en la puerta una dulce mujer de sesenta años. Aunque no es bueno decir la edad de una dama, es necesario que se entienda que la edad es importante para entender el fondo de esta historia.

-¡Buenas tardes!, ¿se encontrará la señora... Amelia Codorniz Herrera?

-Sí, yo soy..., pero ¡Soy Señorita!, por favor...

La mirada penetrante de Amelia hizo que tal vez se movieran los redondos y agradables anteojos rosados, típicos para la edad, pero nobles para el tiempo que sirvieron de guía pedagógica a tantas generaciones. Quedarse soltera fue tal vez una decisión que tomó gracias a sus padres, que siempre buscaban al hombre ideal para la condición adecuadamente determinada de las señoras hijas. Así ella esperó como en un cuento de hadas al ser ideal que nunca llegó.

El cartero trató de esconder una risita escurridiza, quizá por el apellido o por la forma como una señora le diga la condición de soltera a esas alturas. Su justificación ante una reprimenda solo fue

decirle: –Disculpe, se orita Amelia. Es una carta para usted y debe firmar en este cargo.

Amelia alargó su graciosa mano y dibujó su nombre con una bella letra, que fue el legado de una educación, y para muchos mejor, en el mundo tradicional del aprendizaje. El cartero admiró la letra diciendo a su ego masculino: –¡Qué bonita letra!... y ¡Claro! Es una letra de mujer que no puede ser igual a la de un varón.

La opinión no podía ser más contundente, tratándose de un viejo cartero, que vivió y se educó en un espacio necesariamente machista, pues a su edad conservaba la idiosincrasia de esa sociedad dividida de antaño.

Amelia acostumbrada a saber quién era el remitente, buscó el nombre en la parte superior del sobre y leyó asombrada: Sebastián Huasacca Ccaico. Apurada rasgó el sobre y comenzó a repasar las ideas de la fuente epistolar, agradablemente escrita:

“...Querida maestra Codorniz, es grato para mí poder expresar en esta carta el inmenso cariño que tengo, augurando mil bendiciones para usted en nombre de nuestro Dios, quien aún escucha mis oraciones por las que la tiene en buena salud y en agradable bienestar con los suyos. Yo acabo en la inmensa capital limeña, ya tengo muchos años de permanencia, son treinta para ser exactos, desde que me fuera de mi pueblo ayacuchano de Chiara, como bien usted sabe querida maestra. Fue ese lugar el que cobijó, con su naturaleza, sus primeros momentos de docente nueva y también en una nueva institución educativa de aquel entonces...”

Los ojos de la señorita Amelia Codorniz se tornaron nublados y, como si una oscura sombra del pasado se depositara en ellos, comenzó a suspirar recordando aquellos 25 años de esbeltez femenina, egresada de una humilde pero respetada universidad de Huamanga.

La naturaleza agreste y ruda, pero ermitaña, para la recién llegada a Chiara hizo nacer una sensación de descubrimiento y a la vez de decepción, por no tener la realidad citadina de la noble Huaman-

ga. Así, la nueva maestra se encaminó a la institución educativa “Los hombres del mañana” con la certeza de que sería muy bien recibida y lograr así los objetivos trazados y aprendidos en la Universidad Cristobalina.

El colegio tenía una infraestructura casi adecuada, las aulas construidas en adobe determinaban el perfil de la educación serrana y más aún en un año, 1977, cuando el problema social estaba por enarbolar sus futuras consecuencias.

Amelia se presentó ante el director del colegio y, mostrándole el oficio de aceptación como nombrada, bajo resolución ministerial, esperó la respuesta del hombre que presentaba una sonrisa pícara y seductora, encuadrada por los mostachos debidamente acicalados.

–¡Bienvenida señorita!, tome asiento.

Amelia, recatada y tal vez seria, agradeció de manera afable la invitación, viendo cómo el apuesto profesor observaba meticulosamente su expediente. Y después, con el tono casi humorístico y exageradamente masculino, expresó:

–Se apellida Codorniz... ¡Qué gracioso! ¿De dónde proviene su apellido?... Nunca lo había oído.

–Bueno, profesor, jamás indagó sobre mi apellido, pero creo que eso nada tiene que ver con mi persona, yo soy como soy.

–Ah... claro, pero no se moleste, sabe usted que este colegio es de varones y esos muchachos cuando saben un nombre o apellido medio raro, comienzan a burlarse sin compasión alguna. Además, usted es mujer y aquí solo trabajan docentes hombres, a excepción de la profesora de arte, que es una mujer que dejó los hábitos sabe Dios por qué equis motivos y que ahora tiene ya sus 45 años.

–Profesor, me he preparado como docente para poder conducir a los alumnos de manera correcta y creo que ellos me deberán el respeto necesario, además nada tiene que ver si yo soy mujer, el

caso es que soy educadora y vengo bajo la aprobación de la Dirección de Educación.

–Está bien se orita, pero no entiendo por qué la Dirección Regional no la envíe a un colegio de mujeres, donde pueda tener el respeto de su propio sexo. Creo que acá está con la mayoría del sexo masculino. Y si hay una falta de respeto, eso ya no es mi problema.

–No se preocupe, profesor. Estoy segura que tendrá la mejor aprobación del alumnado y sentirán que como mujer puedo conducir a alumnos varones.

El director solo movió la cabeza aprobando a medias la respuesta y determinó las horas de inglés y educación para el trabajo, cursos para los que carecían de docentes y su requerimiento era urgente. El problema para Amelia sería, quizá, haber tenido la profesión de cocina y repostería, pero también enseñaba el idioma inglés, aunque en las horas asignadas a este idioma, ella no tendría molestia alguna.

Cuando Amelia ingresó a nuestro salón, todos nos pusimos de pie y lo primero que hicieron mis compañeros fue lanzar silbidos y galanías un poco subidas de tono. Es más, cuando la maestra dijo su apellido las burlas llegaron al límite, motivando que la maestra terminara la primera sesión impotente y con ganas de llorar. Al salir al recreo, vi que lloraba en una de las bancas vetustas que tenía el patio del colegio. Me vio y desvió la mirada hacia la puerta principal, arrugando profundamente la frente a manera de enojo o ira.

Al campanazo de la salida, Rogelio y Pichincho comentaban amablemente, en un tono burlón siguiente:

–Hoy está como se debe la profe ¿no?

–¡Asu madre!... seguro es sola. –Dijo Rogelio

–Claro pues wiflas y encima que se apellida Codorniz. ¿Qué es Codorniz?

–Hoy Sebas, ¿quién es Codorniz? Tienes chancón pe. –Me preguntaron fastidiosamente en un tono agresivo.

–Bueno, a lo que sé, creo que es un ave, voy a buscar en el diccionario, ¡Ya!, para mañana.

–¡Oh... yanqa am kayqa!

Fuera del colegio, el campo verde y marrón reverberaba con el sol radiante. Al transcurrir los días, la profesora nos manifestó que nos enseñaría inglés y educación para el trabajo; dijo algo que puso de risa y rabia a mis compañeros: ¡enseñaría cocina y repostería!

–¿Quié cosa? ¿Cómo, cómo profe?

Dijeron ellos, sobre todo el Rafucha y el Toribio, incluso el Pichincho. Hablaron que ellos no eran maricones para aprender cosas de mujeres. –Con qué cara nos habrías visto esta profe.

En la salida hablando, seguro, con el señor director y hasta con sus padres. Esa profesora tenía que ser cambiada o de lo contrario debería enseñar otra cosa como electricidad o metalurgia, algo que sirva a los varones, pero... ¿cocina?, no venga con cosas pe..., además qué iba a saber ella de cosas de hombres.

Tal como acordaron los chicos de quinto, hablaron con el director y, más tarde, con sus padres; así que se requirió el llamado a la docente ante la autoridad, quien disconforme y con la rabia masculina le dijo en tono burlón.

–Profesora, ya comenzó usted con problemas, ¿cómo es posible que plantee enseñar cocina a los muchachos? Ellos son varones y no podemos confundirlos con mujeres. Se da cuenta que al inicio yo le dije que este colegio es de varones y, ahora, ¿quiere transformarlo en uno de mujeres? Por algo nuestra institución se llama “Hombres del mañana”.

La profesora serena y con la asertividad que la caracterizaba respondió: –Profesor, con el debido respeto, jamás encontré en Lima un hombre cocinero que por ello se haya convertido en homosexual.

La cocina es un oficio y ser un arte después, además, va por el bien de los mismos estudiantes, quienes el día de mañana serán responsables de su propia subsistencia. Si el colegio es “Hombres del mañana”, creo que hombres es mujer y varón.

El Director miró con dureza y picardía a la maestra y respondió con tono electrizante: –Mire profesora, yo conversaré eso con los padres de familia y a la vez con la Dirección de Educación de Ayacucho, pero creo que ellos me responderán con las ideas que yo tengo. Si es así, pediré que usted sea reubicada en una institución de mujeres. Espero me comprenda. Es para su bien.

El Director se dispuso a realizar su promesa, mientras la maestra nos enseñaba inglés y la chistosa cocina. Vieran amables lectores cómo eran sus clases de cocina. Un terrible circo o “chongo” como decían mis compañeros:

–¡Ay profesorita! Están cocinando mis huevos.

–Debo cocinar el arroz y luego con mermelo. Mejor me como el arroz de mi vecina, recién calentito.

–Ja, ja, ja, ja...

–¡Mira cómo a Toribiucha le gusta el plátano con leche!, ja, ja, ja...

–¡Ah!, y el Sebas, dice le gusta la cocina... ¿ese seré warmi, no?

–¡Calla conchatum...!

Y terminaba lanzándole el puntapiés agradable, que ni a mi perro Laplas le daba cuando se comía la carne de mi abuela Virginia. Pero muchas veces terminaba castigado por el director, todo por defender a la profe y hacer respetar mi hombría. Así transcurrieron los meses y la Dirección de Educación no respondió al pedido del director. Dijeron que lo verán después. En Lima, la educación estaba entrando a la modernidad con la existencia de colegios mixtos, donde se tenía que tratar a la mujer y al varón de igual a igual. Entonces ya faltaba poco para terminar mi quinto y debo confesarles que algo me sucedió: creo que no debe ser una vergüenza hoy en

da confesarlo. Saben, estimados lectores: me comencé a gustar la cocina y repostería. Y es más, no quería decirle a mis patas ni a mis taitas por el grandísimo “chongo” que me harían, pues una vez, que a manera burlona les dije a mis waujes: –¿Que sería si un día me gustara la cocina y la repostería? ¡Pucha!, ellos me llenaron de cosas, diciéndome que ya me estaba volviendo rosca. Como mujer. Y le dirían al director y a sus padres, para que boten a la profe. No quise hacer eso, pues le había tomado cariño a la maestra Codorniz y más bien en los momentos oportunos le preguntaba más sobre cocina y la variedad de platos ayacuchanos y limeños que me podría enseñar. Y ella amablemente me respondía que guardar a el secreto ante mis amigos, pues en nosotros había un secreto, y gustosa me enseñaría en su pequeña vivienda, que estaba cerca al colegio, y lo haría en horas de la tarde, después de las clases. Sin darme cuenta había transcurrido el año y llegamos a la clausura.

...¿Se acuerda maestra querida que nosotros la hicimos rabiar y también al mismo director, cuando nos enseñó cocina? Ahora le pido perdón por ello y quiero decirle que, en Lima, hoy soy un prestigioso chef, inclusive mi empresa se llama “Restaurante: La sabia Codorniz”, con las disculpas de usted y la autorización para utilizar su grato apellido, porque creo ver, en la educación que me dio, una vocación que me hizo un hombre distinguido y con dinero para mis futuras generaciones. ¿Qué hubiera sido si no me inculcaba la vocación que ahora me gusta?

Por eso maestra estaré buscándola en Ayacucho y le presentaré a mi esposa y a mis hijos. Ellos quieren conocerla. Espero que no se moleste. Además, no quiero cansarla con mis palabrerías. Gracias, querida maestra y me despido con un beso y un abrazo.

Su hijo y discípulo que la recuerda,

Sebastián.

Cuando los jaris y warmis de Llamuja van a la escuela

Tarita Fernández Cuadros

En un alejado pueblito de la provincia más pobre de Arequipa y a las faldas del cerro Llamuja, está la escuelita de inicial, a la que asisten las warmis y jaris de tres, cuatro y cinco años. Los papás y mamás se dedican a la chacra, algunos son dueños de pedacitos de tierra y tienen que salir a trabajar a otros lugares. En este poblado, la gente toma mucho y no solo lo hacen los hombres, sino también las mujeres; ahí los papás golpean a las mamás y maltratan a las niñas y niños, algunas veces hasta se olvidan de darles de comer.

La escuelita es pequeña pero muy bonita, tiene tres aulas; una para jaris y warmis de tres años; otra para cuatro años; y la otra para quienes tienen cinco años. También hay una cocina, donde las mamás hacen el almuerzo, y cuentan con servicios higiénicos, no hay separación de ambientes pero los jaris también tienen urinarios.

El personal de la escuela está integrado por mujeres. Hace algunos años vino de una provincia de la costa la directora actual; su nombre es Velinga y su forma de ser hizo que cambiaran muchas cosas. Antes, cuando un jari o warmi se portaba mal, inmediatamente sufrían castigos. Hoy, ella, así como las profesoras y el personal de servicio, se dan el tiempo para conversar y hacerles ver lo que deben o no deben hacer.

Llega el primer día de clases y en la escuelita de Llamuja se da de todo. Los jaris y warmis que no fueron al programa de estimulación temprana se ponen a llorar y no quieren entrar; en cambio quienes lo hicieron, muy alegres se reencuentran con sus amiguitas y amiguitos. En el primer día, la señorita Velinga, así como la profesora Quechualla y Chusacay se encargan de que entren al salón, que

dejen de llorar, que jueguen y finalmente que compartan el almuerzo del día.

Al ingresar a su salón, todas las warmis se juntan y lo mismo sucede con los jaris, pero las profesoras en el transcurso del día y la semana hacen que eso cambie, empiezan a juntarlos y sentarlos alternando una warmi con un jari, alrededor de las mesas redondas; es así que empiezan a relacionarse y a trabajar.

En el salón de tres años hay más warmis que jaris; una de ellas se llama Sanki, ella es muy vivaz, tiene sus dos trencitas de cabello negro y le gusta mucho hacer preguntas a la profesora y al personal de servicio. Así a la hora del recreo fue a la cocina y preguntó: ¿Qué estás cocinando? ¿Qué vamos a comer hoy día? Y hasta preguntó: ¿Y no ha venido la mamá de Chaupo? ¿Por qué no vino? ¿Seguro que se ha tomado? Así son las warmis de chiquitas, pero cuando van creciendo se vuelven calladitas y son los jaris quienes preguntan y responden más. Para que eso cambie, la señorita Vellinga, junto con la profesora Quechualla y Chusacay, incentivan más a las warmis, así como a los jaris diciéndoles: Haber, quien me responda estas preguntas yo les doy un caramelo.

En el primer recreo, los jaris salen a jugar a la corrida de toros, ellos hacen de toros, y las warmis en un rincón del patio se ponen a bailar imitando lo que hacen sus papás y mamás en las festividades del pueblo. Al ver este juego, las auxiliares Willca y Tacpa inmediatamente les dicen: No, No... cambiemos de juego, en vez de la corrida de toros juguemos al San Miguel o al arroz con leche, pero no todos aceptan, porque hay niños y niñas que son muy tímidos.

Todo iba bien y de pronto Sanki está llorando y se acerca a la auxiliar: Señorita, me ha pegado Chaupo. Otra warmi, por ahí también gritó: Señorita, este jari me está molestando. Las señoritas auxiliares caminan rapidito y acercándose a las warmis y jaris les dicen: ¿Cuántenme qué ha pasado? Sanki llorando le dice: Chaupo me ha quitado la crayola, y él responde: Es que no quiere prestarme, señorita. Las señoritas dicen: Este problema de los materiales es de nunca acabar. Y es que en la mayoría de casos, los papás y mamás

no tienen dinero para comprarles los materiales y son las profesoras quienes se encargan de conseguirlos para que las warmis y jaris puedan trabajar.

Los jaris, cuando recién van al jardín, son más malcriaditos, más lisitos. Por ejemplo, patean a las niñas, las empujan, pero poco a poco van cambiando, para eso las profesoras y auxiliares tienen que estar atentas y cada vez que esto sucede les conversan y les dicen: No se le pega a la hermanita, aquí todos somos hermanitos y hermanitas.

Bueno, llega la hora de almorzar y lo primero que tienen que hacer las warmis con los jaris es lavarse las manos, luego rezan y a comer, para eso se sirven los alimentos en cantidades iguales. En el pueblo de Llamoja, las warmis y los jaris comen bastante. Y es que los papás y mamás los mandan a la escuela como ovejitas y así ellos se van a la chacra tranquilos; es más, ni siquiera les dan el desayuno, de allí que se les tiene que dar el almuerzo a las once de la mañana. Por eso no los mandan a las nueve de la mañana, que es la hora de entrada, sino que van a las once, es decir, a la hora de almuerzo.

En la escuela de Llamoja, las profesoras son muy carismáticas con las warmis y los jaris, ellas no hacen diferencias, son como las gallinas con sus pollitos: premian a todos y cuando se portan mal les hablan, les conversan. También están atentas a lo que les pueda pasar a las warmis y jaris, y para ello les hacen dibujar y así pueden conocer que los papás toman, los maltratan, no les dan de comer.

En la actividad que se organizó por inicio de año, la señorita Velíniga estuvo ayudando a vestir a las warmis de cinco años para que actúen. De pronto, al quitarle el polo de cuello alto a una de las warmis, encontró que todo su cuellito estaba morado y con huellas de soga; inmediatamente, la profesora la llevó a un rinconcito y despacito le pregunta: ¿Qué pasó en tu cuellito? La warmi con sus ojitos llenos de lágrimas le empieza a contar que su padrastro le había pegado y ahorcado porque no había estaqueado la vaca y ésta se soltó en la noche y se fue a comer a las chacras del vecino.

La profesora preocupada le preguntó: ¿Dónde estaba tu mamá? La warmi con su carita triste y levantando los hombros respondió: ¡No estaba en la casa! La directora inmediatamente se fue al gobernador para denunciar esa situación de violencia, pero como sabemos muchos casos solo se quedan en denuncias.

En el pueblo de Llamuja pasan muchas cosas con las warmis y jaris. Un jari de cuatro años vive en situación de abandono porque su papá sale a trabajar y la mamá al dedicarse a tomar se olvida de darle sus alimentos; el jari solito y con paso presuroso se va a la escuela, ahí está atento al descuido de sus compañeros para comerse los refrigerios. Cuando el papá regresa al pueblo, recién se le ve bien al jari, todo cambiadito porque el papá lo atiende. Y es que la mamá se dedica a tomar abandonando a sus hijos, de ahí que la escuela sea una bendición y un refugio para las warmis y jaris de Llamuja.

Casilda la tenientina

Delia Betty Paiva Ccapacca

En un lugar llamado Turini, vivía la familia Huamanvilca Ticona, conformada por Esteban y Juliana, y sus hijas Casilda, Maruja, Pilar y Agustina; pero, a consecuencia de una enfermedad, falleció Esteban. La madre Juliana tuvo que dirigir la familia, antes lo hacía Esteban, ella nunca se había interesado en esas responsabilidades, porque pensaba que siempre lo debía hacer el padre o el hombre de la casa, así que fue duro afrontar los problemas, asistir a las reuniones de la comunidad, decidir sobre los quehaceres en el campo, el sembrar, la cosecha, la crianza de los animales.

Los días pasaban, las niñas crecían. Casilda era la más entusiasta y optimista; como hija mayor, apoyaba en todo a su mamá. Ya terminaba el colegio, donde destacó por su dedicación. Junto a su madre dirigían el hogar tomando decisiones, gracias a que, en vida, su padre Esteban inculcaba en sus hijas el valor del trabajo. Incluso realizaban labores que hacen los varones, como el arado de la tierra con los toros, sembrar con la chakitacla, techar la casa con paja o totora, hacer adobes para la construcción de muros y otras labores de casa.

La comunidad de Turini presenta un atractivo paisaje de hermosos totorales, montañas rodeadas de eucaliptos frondosos y cálido sol. Transmite una sensación de mucha tranquilidad. Está ubicada a orillas del lago más alto del mundo. Era fin de año y con ello llegaba el cambio de las autoridades de la comunidad. En este lugar existe la costumbre de que por familias asumen el cargo de teniente gobernador, al igual que de tenientes auxiliares, presidente de las instituciones educativas, jefes de banda de músicos, etc. De estos cargos, el más importante es el de teniente gobernador principal, y le tocaba el turno a la familia Huamanvilca Ticona. Ejercer este cargo es de un gran honor y el honor en este lugar es lo primordial. Al llegar el día de la designación de las autoridades de la comunidad y se convocó a la reunión. Las autoridades cesantes entregaron el cargo y empezaron los rumores de que el cargo era exclusividad

de los varones y en vista que en la familia Huamanvilca no hab a hombres decidieron darlo a otra familia. En ese instante, Casilda intervino en la reuni n reclamando su derecho, adujo que ella iba a ejercer ese cargo y que estaba preparada, pero los presentes comentaban en son de burla: Si quiere asumir que se ponga pantalones, que se corte el cabello. Casilda era una simp tica mujer con sus dos trenzas largas, sus polleras de vistosos colores, chaqueta y otros atav os del lugar. Los comuneros argumentaban que nunca hab an tenido por teniente gobernador a una mujer y que el cargo era de respeto y de mucha responsabilidad, por consiguiente se negaron a entregarle la vara de mando: ¡C mo nos va a representar una mujer, nuestros vecinos de las otras comunidades van a menospreciarnos, dir n que ya no hay hombres en esta comunidad, c mo va a realizar gestiones ante las instituciones a favor nuestro! En fin, dieron toda clase de argumentos que se les ocurr a. El d a se pas en las dilucidaciones y, finalmente, se convoc a otra reuni n dentro de una semana. Casilda desde ese d a se sinti muy triste y lloraba. Su madre y sus hermanas se sent an marginadas, porque hab an pisoteado sus derechos. A la reuni n anterior no hab an asistido muchas mujeres, solo un veinte por ciento que no le brind apoyo, porque esperaban que las autorizaran sus esposos, padres o hermanos. Al d a siguiente, Casilda y su familia decidieron hacer una campa a incentivando a las mujeres, j venes y adultas, a que participaran de las reuniones, que ellas tambi n jugaban un rol importante dentro de la comunidad y que deb an opinar. Que ya era hora de no ser sumisas, siempre pendientes de los varones; que deb an olvidarse de estar caminando detr s de ellos. ¡Cuando vamos al pueblo, debemos caminar junto a ellos! ¡Nosotras ahora necesitamos de su apoyo para hacer prevalecer nuestros derechos y no nos marginen por ser mujeres!, repet an a todas.

Finalmente lleg el d a de la determinaci n y Casilda, nerviosa y con cierto temor, expuso sus argumentos fundamentados en la igualdad de derechos que tenemos las personas, luego present su plan de trabajo. Algunos comuneros no daban cr dito a su proyecto de trabajo y se burlaban: ¡Que va hacerlo ella, si el anterior teniente se propuso y no lo consigui todav a siendo hombre! En esta oportunidad, las mujeres asistentes apoyaron la designaci n

de Casilda, y después de muchas discusiones, entre dimes y diretes, luego de dos horas, finalmente, se le entregó la vara de mando. Casilda se vistió con su atuendo respectivo, luego juramentó ante los presentes, aunque con una condición: le daban dos meses de prueba. Casilda había hecho respetar sus derechos y en su juramento dijo: Juro por la reivindicación de la mujer campesina y por la igualdad en nuestros derechos.

Pasaron semanas y Casilda ya era Tenientina Gobernadora. Realizaba sus gestiones, encabezaba las actividades, ceremonias protocolares, resolvía problemas propios de la comunidad, como casos de robos, infidelidades y otros asuntos, dando soluciones muy salomónicas y concretas, presentando los proyectos que se había propuesto. Al ver el trabajo que realizaba la nueva Tenientina, al cabo de los dos meses de plazo que le habían dado los comuneros, decidieron que continuara en el cargo, junto a los demás tenientes gobernadores auxiliares.

Casilda, mes tras mes, obtuvo nuevos logros. En el lapso de seis meses recibió distinciones del municipio provincial y distrital por ser la mejor autoridad local. Al cabo de seis meses se dio la apertura de una carretera afirmada, que por primera vez llegaba a la comunidad. Ella encabezaba estas tareas, portando su vara de mando y su lampa de trabajo, y motivaba de esta manera a los demás comuneros. Entre bromas y con su empeño logró el objetivo que se había trazado. A los ocho meses, ya se inauguraba la posta médica.

A los diez meses de gestión fue elegida Presidenta de los Tenientes Gobernadores del distrito, por su dedicación y el trabajo realizado.

Casilda no dejó de lado a su familia. Junto a su madre y sus hermanas se dedicaba a las labores del hogar, como el cultivar la chacra, la construcción de algunas habitaciones, hicieron un huerto que les ayudaría a solventar algunos gastos. También se dedicaba a la pesca y crianza de animales. Cabe recordar que el cargo que ostentaba Casilda era ad honorem. Los días domingo, en cada quincena, hacía deporte junto a los jóvenes de la comunidad (varones y mujeres). ¡Le encantaba jugar fútbol y voley! Antes de ser Tenientina Gobernadora, las mujeres de su comunidad no jugaban fútbol,

solo lo hac an los hombres. Como ellos dec an, en cierta forma, les estaba prohibido.

Al finalizar el a o, Casilda fue distinguida, premiada y reconocida como la mejor Tenientina Gobernadora por la autoridad de la provincia, por la labor realizada durante los doce meses.

En los trabajos que se desarrollaban, todo lo hac an por igual. Las mujeres aprendieron a asentar ladrillos, a preparar mezcla (cemento y arena). Los comuneros de alguna forma se beneficiaron tambi n con estas obras, porque ellos ayudaban con la mano de obra, que era remunerada.

El fin de a o lleg nuevamente y con ello el cambio de autoridades. En esta reuni n Casilda fue aplaudida, homenajead a por todos los presentes, que pidieron disculpas por no haber confiado en su capacidad de trabajo, desde un inicio. En su discurso final, Casilda la Tenientina dijo: Las mujeres, al igual que los varones, s podemos hacer muchas cosas cuando nos proponemos; hermanos comuneros, no duden de la capacidad de las mujeres. Y termin haciendo un llamado a las mujeres de la comunidad de Turini en su idioma nativo: Warmasipaskuna, panaykuna, warmimasiykuna noqanchis riqch'arinanchis llank'aytaqa atinchismi qharikunahinan, llaqtanchis aupaqman puririnanpaq" ¡kausachun Turini llaqtanchis!

Continu la reuni n, y en esta oportunidad en la familia que le tocaba ejercer el cargo de teniente principal, tampoco hab a integrantes varones mayores de edad, as que tuvieron que entregar el cargo a una mujer, en este caso a Jacinta Chullunquia. Desde ese entonces, el cargo de teniente principal y los auxiliares suelen ejercerlo mujeres, aunque haya varones dentro de la familia.

As termina la historia de una mujer valerosa, valiente, llena de fortaleza que hizo respetar sus derechos: Casilda Huamanvilca, la Tenientina, buscaba igualdad entre todos, que tanto varones como mujeres tenemos los mismos derechos, las mismas capacidades y oportunidades.

Sobre las/os autoras/es

Janett Elizabeth Palomino Villaseca, trabaja en la institución educativa Victor Raúl Haya de la Torre del casero Fátima, en Chulucanas, Piura. Enseña quinto y sexto grados, todas las áreas. Tiene 22 años de docencia.

Evarista Machaca Sunchulli, de la institución educativa Gamaniel Churata en el Distrito de Cabana, Provincia San Ramón, Puno. Enseña cuarto y quinto de secundaria, los cursos de matemática, persona, familia, relaciones humanas. Va por su décimo cuarto año de docencia.

Hilda Nicolasa Apaza Castillo, del Colegio San Andrés del Distrito de Atuncolla, en Puno. Enseña cuarto y quinto de secundaria, las áreas de comunicación y tutoría. Tiene 17 años como docente.

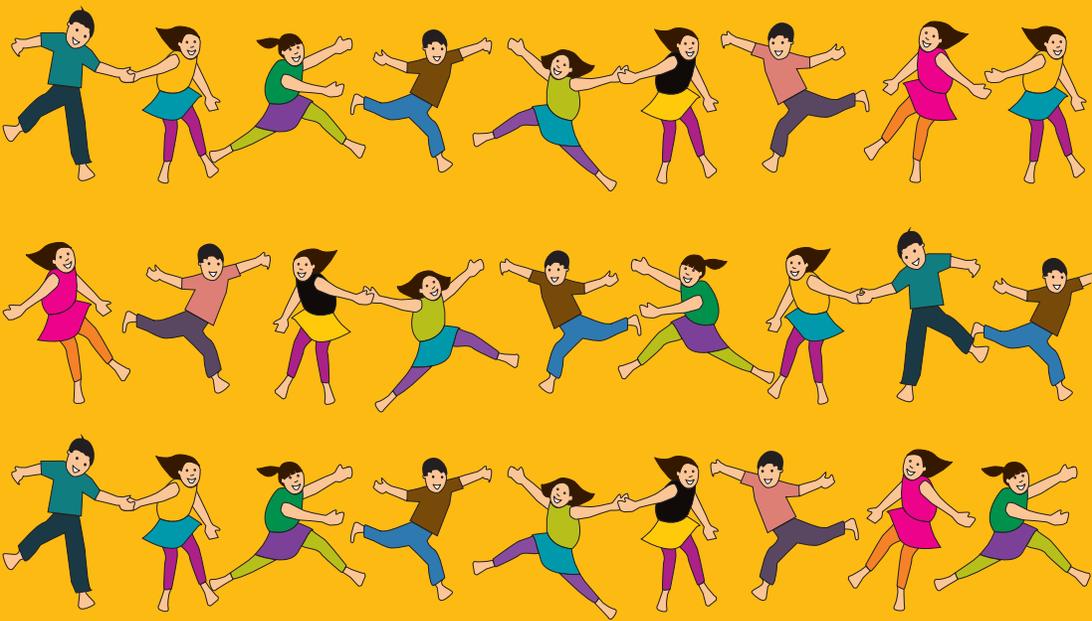
Luis Antonio Flores León, de la institución educativa Alejandro Sánchez Arteaga, en La Arena, Piura. Enseña tercero, cuarto y quinto de secundaria, las áreas de inglés y comprensión lectora. Tiene 23 años como docente.

Luis Alberto Pantigoso Palomino trabaja en la institución educativa José Gabriel Condorcanqui del Distrito de Carmen Alto, Provincia de Huamanga, Ayacucho. Enseña segundo de secundaria, las áreas de comunicación e inglés. Tiene veinte años de docencia.

Tarita Fernández Cuadros trabaja en una escuela del Distrito de Cotahuasi Huaynacotas, Provincia de la Unión, Región Arequipa. Es auxiliar en educación y tiene cinco años de experiencia.

Delia Betty Paiva Ccapacca de la institución educativa Gamaniel Churata del Distrito de Cabana, Provincia San Ramón, Puno. Enseña primero y quinto grado de secundaria, el área de comunicación. Tiene 18 años de experiencia.

Este libro se terminó de imprimir en los talleres
gráficos de Ymagino Publicidad S.A.C.



ISBN: 978-612-4033-16-2



9 786124 033162